

# La pandemia en México 2021

El tiempo de la esperanza en los terrenos de la incertidumbre

*Carlos Pérez Zavala\**

## Escenarios y contextos

Después de más de un año de iniciada la pandemia estamos todavía en una lucha sin cuartel contra la Covid-19, la humanidad está en vilo y en una era de incertidumbre pocas veces vista en la historia. La existencia de un mundo globalizado como nunca antes nos coloca en una condición *sui generis* y en eso radica tal vez una oportunidad de pensarnos como especie e imaginar algunas salidas a este laberinto de infortunios, más allá de nacionalismos, sistemas de gobierno e ideologías. En estos momentos también nos preguntamos si es posible tener la esperanza de que a partir de la vacunación masiva disminuya significativamente el riesgo sanitario a nivel mundial.

Algunas de las consecuencias de esta crisis son elocuentes. Cambiaron muchos patrones de convivencia, de consumo, de formas de realizar nuestras actividades y de estar con nuestros semejantes, de desarrollar nuestras ocupaciones laborales y escolares, la disponibilidad de tiempo libre y la manera en que vivimos el día a día. Seguramente la pandemia será recordada como un periodo aciago, difícil y terrible en donde hemos tenido que vivir o sobrevivir a una situación muy desafortunada y riesgosa.

Al mismo tiempo, sabemos que hemos vivido una experiencia colectiva inédita. El uso del plural incluye en este caso a todo el mundo. Nunca como ahora, el mundo es uno a partir de que la ma-

\* Profesor-investigador del Departamento de Educación y Comunicación de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco. Correo electrónico: [cperez49@yahoo.com.mx].

yor parte de los países ha tenido que enfrentar los efectos de la pandemia. La humanidad esta hermanada por la presencia de un virus (SARS-COV-2) muy peligroso y contagioso. La simultaneidad es ahora una realidad inexorable. Vivimos el aquí y el ahora alrededor de una condición que nos alcanza a todos y todas de una u otra manera. Lo más lamentable es la enorme cantidad de víctimas de esta pandemia. Si bien es cierto que el efecto del virus tiene expresiones semejantes en la mayoría de los países, también lo es que no todos hemos sido afectados de la misma manera. Los más pobres y vulnerables son las primeras víctimas, ya sea por el propio virus o por la crisis económica que acompaña esta pesadilla. Aún estamos digiriendo las consecuencias a otros niveles: psicológico, social, institucional, político, etcétera, y todavía no podemos ver claramente el alcance que tendrá esta pandemia en nuestras vidas.

Por lo pronto, aquí y ahora seguimos con atención los reportes cotidianos sobre la situación de los contagios y las defunciones que invariablemente son traducidos a números. Escuchamos las cifras con una cierta incredulidad aunque no dudamos de su veracidad. Sabemos que vivimos en peligro permanente y eso nos hace pensar en nuestros seres queridos, en nuestros amigos y, por supuesto, en nosotros mismos. Por lo tanto, nunca como ahora buscamos estar al corriente de los avances de las posibles soluciones a esta crisis y eso nos hace ser una sociedad sobreinformada: podemos decir que por estas circunstancias conocemos ahora aspectos que en otro momento estaban reservados para los médicos y epidemiólogos.

Vivimos una manifestación hiperrealista de lo que Michel Foucault denominaba “el terreno de la *biopolítica*”. Según este autor, el término describe las transformaciones de las formas de gobierno modernas, caracterizadas por el despliegue de todo un conjunto de tecnologías, prácticas, estrategias y racionalidades políticas que tienen como objetivo el gobierno de la vida.

En palabras de Foucault:

Yo entiendo que la biopolítica es la manera en que se ha procurado desde el siglo XVIII, racionalizar los problemas planteados a la prácti-

ca gubernamental por los fenómenos propios de un conjunto de seres humanos constituidos como población: salud, higiene, natalidad, longevidad, razas [...] Es sabido el lugar creciente que estos problemas ocuparon desde el siglo XIX y se conoce también cuáles fueron las apuestas políticas y económicas que han representado hasta nuestros días (Foucault, 2007: 359).

Mientras tanto, en todos los rincones de mundo nos preguntamos sobre las condiciones de posibilidad para la terminación de la pandemia. ¿Cuáles son los escenarios para que podamos transitar hacia un nuevo panorama en donde la pandemia ya no sea el eje de nuestra existencia? Todavía parece lejano ese momento, a pesar de que al parecer los contagios del virus SARS-COV-2 han disminuido.

Ciertamente, durante la pandemia el tiempo y el espacio vuelven a tomar su lugar como dimensiones centrales en nuestra vida cotidiana de una manera contundente. Para una gran cantidad de personas, los escenarios y los instrumentos para llevar a cabo las tareas y relaciones suceden en una pantalla o en algún dispositivo electrónico o incluso en un teléfono celular, y esto no es un dato menor (Román, 2020). Algunos intelectuales, como Giorgio Agamben (2020), pronostican que la era de las comunicaciones digitales llegó para quedarse y la pandemia es el escenario propicio para el establecimiento de comunicaciones virtuales como formas cada vez más permanentes.

El ciberespacio aparece como un hecho cotidiano y las formas alternativas de comunicación intentan, en lo posible, sustituir a las formas presenciales de estar en contacto con nuestros semejantes. Sin duda, tenemos nostalgia de retomar la convivencia de carne y hueso y eso nos hace pensar y revalorar la relevancia de las interacciones presenciales.

El tiempo de la convivencia presencial transita por muchos canales de comunicación. Es decir, la presencia, la interacción cara a cara con nuestros semejantes ocurre no sólo al escucharnos en una conversación en donde la voz de nuestro interlocutor es sólo una parte de la comunicación que establecemos con nuestros semejantes. Vemos su imagen nítidamente y observamos expresiones que van más allá del

lenguaje. Incorporamos señales y signos del metalenguaje tales como gestos, movimientos, miradas, sonrisas, que potencian lo que nos decimos con palabras y que son formas insustituibles de intercambios subjetivos, o debiera decir, intersubjetivos. Por ello, las formas virtuales de comunicación que actualmente tenemos son incompletas y fragmentarias y provocan un agotamiento inusual debido a que el cerebro debe hacer un esfuerzo mayor para derivar un significado con las escasas señales no verbales que se encuentran en las pantallas. De acuerdo con la entrevista realizada por John Fernández (2020) al neurocirujano Michael McDermott, del Instituto de Neurociencias de Miami, la sobreexposición a los dispositivos electrónicos puede estar propiciando efectos neuropsicológicos que a largo plazo podrían causar algún trastorno neurológico crónico.

En el transcurso del año 2020 se publicaron numerosos ensayos, trabajos, testimonios, libros, revistas y relatos que han dado cuenta de lo que hemos vivido a partir del inicio de la pandemia en todo el mundo (Díaz-Castrillón y Toro Montoya, 2020; De Sousa, 2020; Agamben, 2020); sin embargo, a pesar de este caudal de estudios, investigaciones y ensayos podemos decir que no acabamos de entender la gravedad de nuestra condición actual. Es un reto para la humanidad y para sus posibilidades de sobrevivir a esta emergencia, que no sólo se refiere a la prevalencia de un virus sino que apunta hacia una reflexión que nos lleva a pensar que estamos ante una crisis civilizatoria.

En palabras de Montserrat Sagot:

Esta crisis está transformando nuestras formas de imaginar el mundo y de vivir en el mundo. Por eso, esta no es una crisis sanitaria, como le han llamado algunas personas. La pandemia del coronavirus tiene el potencial de convertirse en una crisis civilizatoria que podría trastocar las relaciones sociales, las formas de organización de la producción, el papel de los estados, las vías que ha tomado la globalización neoliberal y hasta el lugar de los humanos en la historia y en la naturaleza (2020:107).

Más allá de lograr salir de esta potencial crisis civilizatoria, es necesario pensar en las enseñanzas que nos ha dejado esta situación en cuanto a las formas de convivencia y a las formas de organización y gestión de nuestras sociedades.

Es decir, si bien estamos viviendo en los ámbitos de la simultaneidad, en la condición de compartir colectivamente las consecuencias de una pandemia, es muy importante reflexionar localmente sobre la necesidad de reconstruir las estructuras de convivencia y las formas de producción y consumo de productos relacionados con necesidades básicas. La reflexión sobre la estratificación social y las desigualdades y desequilibrios, en no pocas partes del mundo, tiene que derivar en un replanteamiento de los sistemas de gobierno, en reestructurar la distribución de la riqueza para combatir las alarmantes desigualdades sociales y al mismo tiempo en pensar en nuevas formas de relacionarnos con nuestros semejantes y con la naturaleza.

Es importante construir un diálogo compartido entre funcionarios, intelectuales, especialistas y expertos con el público en general, con los ciudadanos como una condición de horizontalidad para globalizar también la conciencia de lo aprendido durante este periodo.

Otra de las enseñanzas de esta larga pandemia tiene que ver con la adaptación a escenarios plenos de imprevistos y a la necesidad de aceptar la incertidumbre como una condición de vida que nos hace estar más atentos al presente. Se puede decir que hemos experimentado de manera radical la noción de fragilidad. Nunca como ahora tenemos conciencia de nuestra delicada condición de estar expuestos a altos niveles de incertidumbre. La fragilidad de la vida humana, el riesgo de perder la vida en cualquier momento por causa de un enemigo invisible, aparece como una constante que amenaza nuestras certezas y nuestros modos de vida.

La metáfora que puede representar esta situación es que las vidas humanas son como pequeñas velas encendidas en medio del viento del desierto. La representación de un concepto relacionado con estas vulnerabilidades lo vemos en el caso del exceso de mortalidad.<sup>1</sup> Has-

<sup>1</sup> Datos publicados oficialmente por el Gobierno de México “Exceso de Mortalidad en México”, [<https://coronavirus.gob.mx/exceso-de-mortalidad-en-mexico/>].

ta las autoridades oficiales responsables de paliar esta crisis sanitaria reconocen que estamos desbordados ante un escenario que nos inunda de fallecimientos desproporcionados que ya no sólo tienen que ver con los altos índices de violencia vividos en las últimas dos décadas sino que ahora se agregan los fallecimientos relacionados con el virus SARS-COV-2.

El escenario vivido en México es sumamente preocupante. Aunque ya sabíamos del riesgo a causa de los altos niveles de violencia, inseguridad y descomposición social provocada por la presencia aguerrida de varios grupos delincuenciales, ahora el peligro de perder la vida ha aumentado de manera exponencial a causa de la presencia de un virus letal.

La ola de violencia, inseguridad y desapariciones de miles de personas ya nos había alertado sobre la necesidad de vivir y circular con precauciones en el territorio nacional: experimentamos temor, enojo y desazón ante estos escenarios plenos de incertidumbre que nos colocan como una población vulnerable. A partir de la pandemia se han exacerbado estas emociones y ahora tenemos que maximizar acciones de cuidado en todos los espacios en los que transcurre nuestra vida cotidiana.

### **Una política social sobre el cuidado**

En una primera reflexión acerca de las políticas sobre el cuidado, tenemos que decir que corresponde al Estado instrumentar una política social que ofrezca a los ciudadanos el derecho de tener servicios que garanticen una cobertura de seguridad que no sólo incluyan salud y educación sino también el derecho al cuidado. Como lo señala Carol Gilligan (2013), hay que universalizar las políticas de cuidado, éste debe ser un derecho que fomente y haga posible los comportamientos orientados a llevar a cabo acciones que busquen el bienestar común. Aquí nos referimos no solamente al cuidado de seres humanos en condiciones vulnerables sino también al de la naturaleza y los animales.

La ubicuidad del cuidado es lo que Joan Tronto y Berenice Fisher intentaban recoger en su conocida y amplia definición:

Al nivel más general, sugerimos entender el cuidado como una actividad de especie que incluye todo aquello que hacemos para mantener, continuar y reparar nuestro «mundo» para poder vivir en él lo mejor posible. Ese mundo incluye a nuestro cuerpo, a nosotros mismos y a nuestro entorno, e intentamos mezclarlo todo en una red compleja que sostenga la vida (1993: 103).

En los tiempos actuales, en donde aparecen riesgos muy graves relacionados con la pandemia, se requieren acciones de los gobiernos para con sus poblaciones que permitan una serie de acciones sustentadas en derechos adquiridos. La pandemia nos ha hecho reconocer que generalmente las acciones de cuidado les correspondían a las mujeres, que han sido las encargadas de cuidar a los niños, los ancianos y los enfermos. Es decir, la emergencia sanitaria nos ha permitido mirar que todos estamos involucrados en una nueva forma de asumir el cuidado, y esto sería posible a partir de exigir a las autoridades correspondientes favorecer acciones que permitan fortalecer nuevas medidas de cuidado que sólo serán eficaces si son instituidas como parte de nuestros comportamientos cotidianos.

Una vez que superemos este momento y podamos volver a realizar una vida social pospandemia, la “nueva normalidad” deberá incorporar estas nuevas formas de cuidado que nos permitan reconfigurar los roles de género desde condiciones más equitativas.

Aunque estas medidas han sido fomentadas y a veces impuestas por los diferentes gobiernos, es la población la que las hace posibles. Es decir, las acciones de cuidado rigen gran parte de nuestro comportamiento social.

Gabriela Rodríguez (2021: 13) nos ilustra sobre las dimensiones del cuidado:

Los cuidados son un conjunto de actividades, un proceso cotidiano que abarca todas las etapas de nuestro ciclo de vida, desde el nacimiento hasta la muerte, con múltiples dimensiones: una dimensión material,

porque implica trabajo; una económica, por sus costos, y otra afectiva y de relaciones subjetivas; una dimensión ética y de justicia y una dimensión política que determina desigualdades de poder, una cultural que implica cambio de mentalidades, y una trascendencia jurídica, porque es un derecho (2021: 13).

Lo que nos convoca a asumir y atender acciones encaminadas a preservar el bien común tiene que ver con la manera en que interiorizamos las demandas de cuidarnos colectivamente. A partir de que no es suficiente que los individuos se vean presionados a mantener formas de comportamiento por mandatos estatales, vemos el resurgimiento de acciones y comportamientos sociales como una respuesta socialmente esperada que surge desde abajo, a partir de la conciencia de comunidad que reaparece una y otra vez bajo distintas expresiones sociales. Las acciones de cuidado también son formas de resistencia y, al mismo tiempo, acciones que nos obligan a instrumentar actividades propositivas que buscan preservar el bienestar colectivo a partir de la construcción de vínculos y formas de asociación más robustas.

Si los comportamientos de solidaridad con nuestros semejantes no se anclan en una cierta apropiación de la necesidad de favorecer el bien común a partir de actuar responsablemente, entonces sólo serán acciones temporales que pretenden evitar sanciones o condena de parte de los que sí actúan sobre la conciencia de buscar una salida colectiva para enfrentar los riesgos que circundan nuestro presente.

El concepto de *responsabilidad social* aparece como un indicador de las formas en que diversos grupos y colectivos, preocupados por la ineficacia de los gobiernos y funcionarios del sector salud, asumen la necesidad de tomar en sus manos las tareas de preservar la vida y el bienestar social.

### **Las vacunas como dispositivos privilegiados**

A pesar de todavía estar por verse la eficacia de la vacunación masiva para contener el aumento del número de contagios y decesos, las

vacunas aparecen como la panacea, como salidas venturosas de esta crisis de salud, como símbolos de las cuotas de esperanza que tanto necesitamos en estos momentos. Vemos con atención que la población mundial deposita en los programas de vacunación sus expectativas de no contraer la enfermedad o, al menos, en caso de resultar contagiado, de no resultar gravemente enfermo y, al mismo tiempo, de ver el final de la pandemia. La disposición de la población para vacunarse y los esfuerzos de las autoridades para implementar esta enorme tarea aparecen como retos que nos incluyen a todos. La acción de acudir a vacunarse alcanza a todos los sectores sociales aunque todavía no hay vacunas para todos. En el caso mexicano, las vacunas son centrales en la estrategia nacional de cuidado y al mismo tiempo son analizadores de la manera en que la sociedad deposita sus mejores expectativas en medio de un escenario incierto. Si los ciudadanos asumen su responsabilidad decididamente de cuidarse unos a otros, ya estamos sembrando esperanza no sólo para salir de esta crisis sino para las que vienen.

Si bien ha sido una buena noticia el inicio del proceso de vacunación de la población mexicana, todavía nos falta mucho camino por recorrer y no está claro si el gobierno mexicano podrá contar con el número suficiente de vacunas para garantizar la inmunización de toda la población. Mientras otros países llevan un significativo avance en este proceso en términos de porcentaje de su población vacunada, en nuestro país la vacunación avanza lentamente. Hasta mediados del mes de octubre de 2021, Estados Unidos y Reino Unido tenían el liderazgo en cuanto al promedio de la población vacunada con 86% y 89% respectivamente por cada cien habitantes; Alemania 53%, Francia 47%, mientras que en los países latinoamericanos, exceptuando a Chile que cuenta con 91%, los índices son muy inferiores. En México sólo se ha vacunado con esquema completo a 35.5 de cada cien habitantes.<sup>2</sup> Sin embargo, otras fuentes mencionan cifras diferentes, sobre todo en relación con el porcentaje de personas

<sup>2</sup> Datos consultados en [<https://es.statista.com/estadisticas/1207749/porcentaje-vacunados-inmunizados-covid-19-mexico/>].

con esquema completo de inmunización. Clarisa Etienne, directora de la Organización Panamericana de la Salud (OPS), menciona que en el continente americano los países con altos niveles de vacunación, hasta mediados de octubre del mismo año, son: Chile con 73.9%, Canadá 71.4%, Panamá 59%, Estados Unidos 56% (*La Jornada*, 15/10/2021, p. 10).

Mientras todo esto sucede, me parece oportuno pensar ¿qué ha pasado en nuestro país y en el mundo después de más de un año de confinamiento?; ¿qué se ha logrado en cuanto a la construcción de nuevos vínculos y formas de solidaridad que han sido cultivados a lo largo de este período?; ¿hemos tenido en nuestras manos acciones y comportamientos que han buscado fomentar las acciones de cuidado desde diferentes perspectivas?

Uno de los primeros rasgos que han cambiado en nuestra sociedad tiene que ver con la necesidad de actuar responsablemente por el bien personal y por el bien colectivo.

Las formas de relación, aunque han tenido que migrar a los medios digitales, se han fortalecido y la comunicación remota ha hecho posible mirarnos desde otros parámetros.

Al hacer un balance de lo ocurrido en nuestro país después de más de un año de iniciada la pandemia, observamos que a pesar de los esfuerzos de las autoridades sanitarias el número de decesos y de contagios sigue creciendo, si bien no a la velocidad de sus fases más críticas. Las autoridades del sector salud han sido puestas bajo el microscopio y el resultado es que en la opinión de muchos actores sociales dejan mucho que desear. Estamos entre los diez países con peores resultados en el manejo de la pandemia, sólo después de Estados Unidos y Brasil. En México, desde un inicio se han menospreciado medidas de control que habrían ayudado a contener el desastre. La imagen del primer mandatario sin tomar medidas preventivas recorriendo el país en giras promocionales es elocuente. El que debería poner el ejemplo, se ufana de no portar cubrebocas, a pesar de que ya ha padecido la enfermedad.

Jaime Sepúlveda Amor (2020), director de Ciencias de Salud Global de la Universidad de California, señala que la gestión de López

Obrador ante la pandemia deja mucho que desear ya que según él, se pudo haber evitado la muerte de aproximadamente 190 000 personas si se hubieran tomado medidas para el control de la pandemia en México desde sus inicios.

La impresión de muchos ciudadanos mexicanos es que las autoridades sanitarias mexicanas han sido rebasadas por la pandemia. La población ha vivido en carne propia la presencia de miles de tragedias que han impactado sus vidas a partir de la enfermedad o muerte de sus seres queridos y también a causa de la precariedad económica que resultó de las políticas de confinamiento generalizado.

Independientemente de que tarde o temprano se logre vacunar a la totalidad de los mexicanos, en el imaginario de la población hay una gran incertidumbre provocada por el temor a caer en la filas de los enfermos o, peor aún, en las cifras de los decesos.

Al mismo tiempo, las dosis de esperanza corren por cuenta de la población que sigue soportando las limitaciones que impone el confinamiento a la movilidad social y a las oportunidades de desarrollo económico. En atención a las medidas de cuidado que proponen las autoridades, la ciudadanía incluye además formas de comportamiento que aluden a una conciencia clara de la necesidad de asumir el presente con toda seriedad.

Ante este panorama, es necesario preguntarse si esta contingencia, inesperada y extensa que nos acompaña desde hace más de un año, no podrá ser vista también como una prueba a la capacidad de grandes sectores sociales de aprender a vivir en medio de la incertidumbre.

Se ha fortalecido nuestra capacidad de seguir adelante con nuestra vida a pesar de las limitaciones padecidas todos los días. Se ha dado una cierta resiliencia colectiva que acompaña los comportamientos cotidianos. Los ámbitos de las relaciones sociales, sobre todo con las personas que nos rodean y con los seres queridos, han potenciado nuestra capacidad de mostrar nuestros afectos y cuidados de una manera significativa.

Para describir estas formas de representación por parte de las personas en la psicología social hablamos de construcción de subjetividades sociales. En toda interacción humana estamos en presencia de

formas de relación intersubjetivas en donde se construyen vínculos e imaginarios y se intercambian percepciones que constituyen lo que a grandes rasgos llamamos “subjetividades sociales”. En estos tiempos de agitación y desconcierto, es muy relevante tratar de entender cómo se están construyendo estas subjetividades sociales a partir de lo que sucede en cada uno de los individuos.

En este sentido, estamos en presencia del surgimiento de una nueva subjetividad que acompaña los procesos de intercambio entre diversos actores sociales y que siembra expresiones solidarias que construyen vínculos y formas de relación que, sobre todo, se presentan ante situaciones de emergencia.

Recordemos las respuestas de la sociedad civil mexicana a partir de los desastres naturales que provocaron los sismos de 1985 y, más recientemente, 2017, que nos mostraron los rasgos de apoyo solidario y de cuidado compartido como nunca antes habíamos visto. Tal vez podríamos esperar que durante esta crisis sanitaria estemos también en un escenario semejante, aunque a partir del confinamiento no hemos podido ver las muestras de solidaridad presencial, pero sí hemos atestiguado, a través de las redes sociales, formas de comunicación empáticas y plenas de interés en el bienestar del colectivo.

Si todos compartimos referentes comunes que se anclan en una cierta cultura y al mismo tiempo respondemos a mandatos establecidos por los poderes constituidos que a través de las instituciones modelan y regulan nuestras concepciones, valores y principios, entonces también tenemos que reconocer que éstos se construyen a partir de subjetividades individuales con las cuales nos expresamos dentro de estos límites y que apuntan a una cierta creatividad. Es decir, a un cierto grado de autonomía y libertad.

### **Escenarios pospandemia. La apuesta por un futuro esperanzador**

Aunque todavía resulta difícil imaginar cómo vamos a salir de esta crisis sanitaria, no podemos dejar de pensar en las condiciones de posibilidad para sembrar escenarios esperanzadores para el futuro.

Ciertamente, todos nuestros patrones temporales y espaciales han sido trastocados por la pandemia. Ya no sabemos cuando estamos hablando de un pasado reciente que se transformó a partir del año pasado, el presente es una condición universal que nos hermana con los habitantes del planeta a partir de que todos estamos rebasados y sorprendidos por la gravedad de nuestros escenarios cotidianos. En estos contextos, el tiempo se diluye en quehaceres que apuntan a formas de sobrevivencia. El día a día se afirma como la necesidad de cumplir nuestras necesidades básicas y por lo general nos queda poco tiempo para reflexionar sobre las consecuencias de esta situación.

El futuro es una ilusión habitada por nuestros deseos de que todo esto termine en algún momento. La esperanza se vive como una necesidad de creer que vamos a salir adelante. El ejercicio de pensar en el mañana prologa una suma de acciones que se podrán llevar a cabo por muchos colectivos y de que reaparecerán nuevas formas de fraternidad, ceremonias, rituales y festividades que no querrán recordar el tránsito por una temporada en el confinamiento.

Las emociones contenidas, las resistencias en busca de salidas alternativas y el ímpetu de no pocos actores sociales rebasarán seguramente las formas de control que los Estados instrumentaron en busca de contener la pandemia durante un largo periodo de tiempo.

La hipótesis de la finalización del contagio y de terminación de la pandemia en estos momentos todavía suena ilusoria pero ya hemos visto que, en no pocas sociedades, hay una enorme necesidad de reencontrarse con los seres queridos, con los amigos y participar nuevamente en los movimientos sociales que entraron en pausa obligada.

Retomando las predicciones de Foucault acerca de la transición de una sociedad disciplinaria a una sociedad de control, hoy vemos en varios países un acrecentamiento de las medidas de regulación de las poblaciones asumiendo que la crisis sanitaria justifica la mayor intervención del Estado en la vida de los ciudadanos. El régimen de la biopolítica nunca había sido tan claro como en estos momentos y tampoco había sido tan generalizado.

¿Cómo responderán los ciudadanos una vez que recuperen espacios de participación social? Ésta es una pregunta que nos hacemos

a partir de que ya empezamos a ver expresiones de descontento y de oposición ante todo lo que ha implicado tantos meses de encierro y desmovilización.

El poder centralizado en las estructuras de control de gran parte de las instituciones también produce espacios de resistencia y acciones de desobediencia civil en la población que busca otras formas de expresión y organización en medio de la pandemia.

Las condiciones de posibilidad para abrir espacios de participación mientras vivimos en un cierto grado de confinamiento son limitadas y se desplazan a espacios abiertos en las redes sociales, pero no se quedarán ahí una vez superada la pandemia. Incluso, aun cuando todavía estemos en un cierto grado de encierro, iniciarán las manifestaciones de diversos grupos y movimientos sociales que ya dejan sentir su presencia de una u otra manera.

En palabras de Ilan Brizberg:

Una vez que trascendamos la crisis sanitaria veremos el resurgimiento de los movimientos sociales que estaban emergiendo en todo el mundo: desde Francia, con los *gilets jaunes*, hasta Chile, con los estudiantes; desde Hong Kong hasta Beirut. Estos movimientos tenían reivindicaciones políticas, económicas y sociales, pero también ecológicas. Y como lo mostró el giro feminista de todos ellos, en su centro existían afirmaciones subjetivas. Es posible que cuando resurjan estos movimientos, reciban un nuevo impulso por la creciente conciencia que muchos individuos adquirieron durante la pandemia. De esta manera, cuando superemos la actual crisis de salud, podamos darnos cuenta de que, como estaba escrito en una pared en Santiago de Chile durante las movilizaciones de fines del año pasado, “la normalidad es el problema” (2020: 72).

En estos meses hemos visto una respuesta muy robusta de jóvenes colombianos que salieron a la calle a protestar originalmente por las intenciones del gobierno autoritario de Iván Duque de imponer una reforma tributaria a su población. La respuesta de los afectados por esta medida ha sido impresionante. A pesar de la pandemia, salieron a la calle y su malestar fue el vehículo para expresar un descontento

añejo que data de varios años en que han tenido que soportar gobiernos neoliberales de derecha que ha pauperizado a la mayoría de la población. Por su parte, la respuesta del ejército y la policía comandados por el propio presidente de la república ha consistido en instrumentar una masacre asesinando a mansalva a decenas de jóvenes.

¿Será que las expresiones de descontento y malestar de varios movimientos sociales reaparecerán en el corto plazo una vez que la pandemia pase a un segundo plano?

Así como en el caso colombiano, en donde se disparan manifestaciones y reclamos que incorporan añejos malestares que fueron impulsados por medidas impopulares y represivas, tal vez, también veremos respuestas semejantes en otros países. Movimientos sociales que sólo esperan una oportunidad para salir a la vida pública, para manifestarse con demandas de justicia y equidad. Expresiones sociales que resienten los meses de confinamiento y las enérgicas medidas de control por parte de los gobiernos que buscaron, con el pretexto de la pandemia, fortalecer su protagonismo como actores preponderantes. Así como en Colombia, también podemos esperar que en muchos otros países podrán registrarse movimientos de protesta que han estado en pausa a partir de la pandemia y que pueden despertar en cualquier momento porque las injusticias sociales, los niveles inequitativos de la distribución de la riqueza y los escenarios de violación a derechos humanos están presentes en muchos lugares, incluyendo México.

Entre todas las calamidades y los estragos provocados por la pandemia, que por lo general apuntan al número de contagios y, sobre todo, a la cifra de decesos, también existen los efectos colaterales que se relacionan con el incremento de las formas de control que se han agudizado en estos escenarios en todo el mundo.

Desde antes de la pandemia ya estábamos bajo formas de control avanzado a partir del acelerado desarrollo de los recursos tecnológicos que utilizan no pocos gobiernos para garantizar la vigilancia de sus ciudadanos. Formas de control totales que van más allá de los escenarios imaginables y que aparecen como el seguimiento en tiempo real de la acciones y comportamientos de millones de seres humanos.

Dispositivos que regulan y administran los espacios y tiempos de toda la población.

De acuerdo con Byung-Chul Han:

La sociedad actual del control muestra una especial estructura panóptica. En contraposición de los moradores aislados entre sí en el panóptico de Bentham, los moradores se conectan y se comunican intensamente entre sí. Lo que garantiza la transparencia no es la soledad mediante el aislamiento, sino la hipercomunicación.

La peculiaridad del panóptico digital está sobre todo en que sus moradores mismos colaboran de manera activa en su construcción y en su conservación, en cuanto se exhiben ellos mismos y se desnudan. Ellos mismos se exponen en el mercado panóptico [...] La sociedad de control se consume allí donde su sujeto se desnuda no por coacción externa, sino por la necesidad engendrada en sí mismo (2013: 89).

En otras palabras, tenemos que partir de que nuestra participación en estas formas de control no puede ser ignorada si reconocemos que habitamos un medio dominado por nuevas tecnologías que construyen panópticos digitales que pueden ser utilizados para maximizar nuestra vigilancia por parte de los aparatos estatales.

Sin embargo, al mismo tiempo, también es cierto que esta condición nos permite subvertir el sentido y construir estrategias de neutralización y desestabilización en los espacios de hipercomunicación en los que participamos.

Por ello, las medidas de confinamiento y de privación de libertades que han acompañado a esta era de paralización de múltiples actividades económicas, políticas y sociales tienen y tendrán efectos insospechados que aluden al resurgimiento de acciones de resistencia por parte de la población y específicamente de aquellos grupos de la sociedad civil que ya venían expresando su malestar por los sistemas de control propios de los Estados nacionales.

Es cierto que muchas actividades presenciales no volverán a ser lo que eran antes de la pandemia. De hecho, muchos trabajos se han mudado a las plataformas digitales y difícilmente regresarán a sus anteriores formas de operación. Trabajos de oficina, consultas

médicas, trámites y muchas actividades escolares seguirán siendo realizadas a distancia. Esto evidentemente limitará los intercambios y las interacciones de muchos grupos sociales. Sin embargo, los espacios de comunicación creados forzosamente al calor de las medidas de confinamiento también servirán como espacios de encuentro y de intercambio para pensar colectivamente las nuevas formas de manifestar los descontentos y malestares.

### **Reflexiones finales**

En estas líneas dejo planteadas algunas preguntas que se podrán ir contestando a medida que el tiempo y la distancia nos permitan comprender las vicisitudes de lo que representa y representó la pandemia y el confinamiento en el mundo por un largo periodo de tiempo.

En relación con lo que hayamos aprendido en este episodio, podemos decir que, de la misma manera, sólo se podrá apreciar cuando veamos que el mundo cambió a partir de la experiencia de vivir la pandemia, que se modificaron patrones de consumo, formas de organización social, estructuras de producción y el papel de las instituciones en el control de los problemas relacionados con el cuidado.

Asimismo, veremos si hemos aprendido a tolerar la incertidumbre y la indeterminación ante lo que considerábamos estable y hemos asumido comportamientos, acciones, percepciones, que nos permitan vivir en una nueva realidad tomando conciencia de nuestras vulnerabilidades como especie y con ello fortalecer las acciones orientadas al cuidado colectivo. Entonces, podremos decir que algo ha cambiado.

En el caso de nuestro país, habrá que suponer que no volveremos a ser los mismos y que la llamada “nueva normalidad” no es más que un eufemismo para designar nuestra sorpresa de lo que nos corresponde asumir como ciudadanos responsables y conscientes de los retos que podrán presentarse en el futuro.

## Bibliografía

- Agamben, Giorgio (2020), *La invención de una epidemia*. [<https://ficcionalarazon.org/2020/02/27/giorgio-agamben-la-invenccion-de-una-epidemia/>].
- Brizberg, Ilán (2020), “La normalidad era el problema”, en B. Brungel y G. Pleyers, *La pandemia y sus ecos globales en alerta global. Políticas, movimientos sociales y futuros en disputa en tiempos de pandemia*, Clacso, Lima.
- De Sousa, Boaventura (2020), *La cruel pedagogía del virus*, Clacso, Buenos Aires.
- Díaz-Castrillón, F. J. y Toro Montoya, Ana Isabel (2020), *SARS-COV-2, el virus, la enfermedad y la pandemia*, Editora Médica Colombiana, Colombia.
- Fernández, J. (2020), “Fatigado por el Zoom: consejos para evitar el efecto secundario del ‘éxodo intelectual’”, en *Baptist Health South Florida*. [<https://baptisthealth.net/baptist-health-news/es/fatigado-por-el-zoom-consejos-para-evitar-el-efecto-secundario-del-exodo-intelectual/>].
- Foucault, M. (2007), *El nacimiento de la biopolítica*, Curso en el Collège de France. 1978-1979, FCE, México.
- Gilligan, Carol (2013), “La ética del cuidado”, en *Cuadernos de la Fundación Victor Grifois Lucas*, núm. 30, Barcelona.
- Gobierno de México (s.f.), “Exceso de Mortalidad en México”. [<https://coronavirus.gob.mx/exceso-de-mortalidad-en-mexico/>].
- Han, Byung-Chul (2013), *La sociedad de la transparencia*, Herder, Barcelona.
- Rodríguez, Gabriela (2021), “Derecho al cuidado”, en *La Jornada*, 7 de mayo, p. 13. [<https://www.jornada.com.mx/2021/05/07/opinion/016a2pol>].
- Román, José Antonio (2020), “Se ‘dispara’ uso de celulares durante confinamiento por Covid-19”, en *La Jornada*, 9 de julio. [<https://www.jornada.com.mx/ultimas/sociedad/2020/07/09/se-dispara-uso-de-celulares-durante-confinamiento-por-covid-19ispara-4636.html>].

- Sagot, Montserrat (2020), “Muerte, control social y bienestar social en tiempos de Covid-19”, en B. Brungel y G. Pleyers, *La pandemia y sus ecos globales en alerta global. Políticas, movimientos sociales y futuros en disputa en tiempos de pandemia*, Clacso, Lima.
- Sepúlveda Amor, Jaime (2020), [<https://edition.cnn.com/videos/spanish/2020/04/01/sepulveda-amor-jaime-coronavirus-presidents-estados-unidos-mexico-trump-amlo-aristegui.cnn>].
- Svampa, Maristella (2020), “Reflexiones para un mundo post-Coronavirus”, en Marcelo Alarcón Álvarez (comp.), *Covid19 <4>*, MA Editores, Santiago de Chile.
- Tronto, Joan y Fisher, Berenice (1993), *El futuro del cuidado. Comprensión de la ética del cuidado y práctica enfermera*, Ediciones San Juan de Dios, Barcelona.

Fecha de recepción: 29/05/21  
Fecha de aceptación: 26/10/21